

(Entra a sala la señora Sara Youtchak)

SEÑORA YOUTCHAK: Yo fui detenida, raptada en Spikerman y Belgrano. Yo estaba en un coche y fui raptada por cuatro coches en una esquina, que pararon el mío y se identificaron como “Escuadrón de la Muerte”, así, textualmente. Gente de particular; pretendían que yo manejara mi coche. Imposible. Ahí mismo me dieron una paliza dentro del propio coche, me encapucharon con una bolsa de rafia que había en el coche y desaparecí hasta abril de 1976, en que aparecí en una lista para mis familiares, y fui procesada, sumariada, en mayo de 1976. El primer lugar donde me llevaron encapuchada era un sitio donde ladraban perros; no se donde era, después me condujeron en una camioneta, o algo similar, hacia un lugar que después se supo que era el “Trescientos Carlos”; ese era el nombre que uno sentía, porque funcionaba una radio; era el local de Punta Gorda.

Allí me sacaron mis pertenencias y me pusieron en el techo un número dos con el que fui conocida hasta el 14 de febrero de 1976, fecha en que me llevaron al 5º de Artillería. A partir del 21 de octubre, pocos minutos después de mi detención empezaron una cantidad de sesiones permanentes de tortura, exactamente hasta el 14 de febrero de 1976. Podría hacer una descripción de ellas. Me pongo a disposición de los señores diputados para explicar lo que hemos vivido, y yo en particular.

(Ante la aclaración del señor diputado Cortazzo, la declarante continúa diciendo:)

_Reitero que estoy a disposición para lo que sea necesario. Entonces, el 21 de octubre fui conducida a ese lugar de Punta Gorda y empezaron sesiones de tortura de todo tipo. Ahí permanecemos, por lo menos, hasta la madrugada del 1º al 2 de noviembre y reconocí la voz de Eduardo Bleier; estaba permanentemente vendada pero su voz me era conocida por largos años de amistad y de trayectoria en común. Es una voz inconfundible. Además me reconoció y se identificó. Inclusive he hablado con él: pequeños mensajes, si se quiere de solidaridad humana... “¿cómo estás?”

(Ante la pregunta del señor presidente, la declarante contesta:)

_Físicamente era en Punta Gorda, en el local “Trescientos Carlos”. Los Oscares y demás correspondían a la gente encargada de los casos y de la tortura en general; es uno de los grupos. Afirmo haber reconocido a Bleier y haber hablado con él. Insisto en que fueron mensajes de esos que en una situación como la que vivíamos pueden darse por ese acercamiento de gente que se quiere, se conoce y demás. En esa oportunidad me sacaron dos veces de ese lugar, al que después identificamos –inclusive hay testigos—como lo que se llamó la “cárcel del pueblo”. En dos oportunidades me sacaron y me volvieron a llevar a Punta Gorda. El 1º o el 2 de noviembre me trasladaron al “Trescientos Carlos” grande; siguió con el mismo nombre, pero en otro lugar, era el 13. En un momento alguien me dijo que era el Depósito Nº4, que estaba a los fondos. Inclusive, alguien, en algún momento me sacó la venda frente a una ventana y pude ver dónde estaba. Podría describir ese lugar. Creo que todos fuimos trasladados, inclusive en esa oportunidad me tiraron en la camioneta, a una compañera encima, a quién también reconocí por la voz, era Rita Ibarburu. En ese lugar volví a reconocer la voz de Eduardo Bleier. En

verdad yo estaba muy destrozada físicamente. Además hay que agregar que había prendidas permanentemente por lo menos dos o tres radios, que le permitían a uno tener una idea y noción de días y de horas, porque una pasaba el tiempo. Eran tres radios diferentes funcionando, lo que, sobre cabezas lastimadas llega a producir profundo dolor físico. Allí fuimos también bestialmente torturados. permanecí en ese local –salvo la sacada que tuve hacia un lugar donde me llevaron para revisarme ginecológicamente o algo parecido—hasta que me sacaron el 14 de febrero, que fui a dar al 5º de Artillería.

(Ante la pregunta del señor diputado Zaffaroni con respecto a cómo la declarante pudo percibir y constatar las fechas, ella responde:)

_Había radios permanente prendidas. Inclusive nos llegaron a pasar los comunicados y a permitirnos escucharlos.

(Ante una pregunta del señor diputado Zaffaroni, la declarante responde:)

_El ser humano, es increíblemente fuerte; en la vida normal, usted se desmaya por un pequeño dolor, pero en situaciones de stress y de dolor, es casi imposible para determinada gente desmayarse. Y le voy a decir más. Le puedo asegurar que estuve prácticamente todo el tiempo encapuchada, y sin embargo, cuando afirmo que vi, es verdad. Porque como los ojos se le pudren, le tienen que aflojar la venda o ensancharla; o porque la cabeza no le da más o simplemente porque le quedó muy apretada. Y en ese momento los ojos estaban podridos. Y si no, le seguían aplicando leuco directamente sobre los ojos. Así como afirmo haber estado sistemáticamente vendada, en determinadas situaciones con más de una venda, e inclusive encapuchada, puedo afirmar también haber visto determinadas cosas, como lo he hecho. Además, la tensión e inclusive el ansia de vivir hacen que con uno –si bien no tiene la vista—se desarrollen otros sentidos, particularmente el oído y el olfato. Estuve cuatro meses permanentemente vendada y con los ojos en un estado espantoso, y no quiero describir las otras cosas; son cosas que han pasado en nuestro país y cuyos responsables están en la calle.

No puedo describir las torturas a que fue sometido Bleier en ese segundo local. Lo que sí puedo asegurar es que lo vi desnudo, jamás imaginé que tuviera un cuerpo tan grande. Pero la última vez que lo vi era una reducción como las que hemos visto en los campos de concentración y cosas por el estilo. A lo largo de todo ese periodo lo he visto y lo he oído aullar como una bestia, lo he oído pedir por los compañeros, nombrar compañeros, pedir su apoyo como un niño, clamar por su madre. Puedo asegurar haber visto haber visto reducirse físicamente a un hombre, y reducirse, incluso, la fuerza de poder pedir, llamar, clamar, hasta convertirse efectivamente en una especie de bestia que aullaba. Cuando le daban muy someramente algún descanso llamaba a sus compañeros.

Insisto en que podríamos llegar a descripciones feroces de lo que ha pasado; creo que ya habrá oportunidad y estoy dispuesta a facilitar lo que he publicado en el exterior. He vivido prácticamente cinco años en la cárcel, cuatro años en el exilio, exactamente en Francia que fue mi tierra de asilo.

En Brasil hice declaraciones ante la Cruz Roja y ante todas las demás organizaciones internacionales que lo requirieron; no en detrimento de mi

patria, sino todo lo contrario, favoreciendo primero, el reconocimiento de la realidad que estaba viviendo el pueblo uruguayo y, en segundo término, favoreciendo a las fuerzas que resistían y que luchaban por llegar a lo que es hoy un paso decisivo en nuestro país, como lo es recobrar las libertades públicas, con el fin de transitar por un camino cada vez más amplio hacia la democracia que todos anhelamos y por la cual todos luchamos. Aclaro esto porque he visto que siempre se dice que hemos dicho falsedades, y así como lo digo en mi patria, puedo asegurarles que bajo juramento he dicho la verdad en cada tribuna del mundo que se me ha ofrecido.

Eduardo Bleier fue uno de los casos que más nos angustió porque fue particularmente torturado y su tortura de alguna manera, se hizo pública, ya que era un hombre sumamente conocido y querido por todos, un viejo militante del Partido Comunista a quien todos conocíamos en nuestro quehacer político. Pienso que el hecho de hacer pública, su tortura, y de convertirlo en una bestia que aullaba tenía la finalidad de hacernos sentir a todos que efectivamente éramos un objeto más sin límites para la tortura, la enajenación y la destrucción. La tortura fue sistemáticamente repetida y no sólo sobre nuestros físicos. Inclusive, se montaban una especie de espectáculo o de show; en uno de los que más recuerdo el centro fue Eduardo Bleier, aunque no sé bien que le hicieron. Fue realizado en un local muy grande; había coches con sirenas funcionando, perros y grupos de personas a quienes se les obligaba a gritar en torno a alguien que efectivamente era torturado. Pueden ustedes imaginarse lo que era el clima en aquel local con doscientas o trescientas personas gritando, con los ruidos de las sirenas y con los ladridos de los perros.

El 300 Carlos Grande estaba en el 13; era un enorme galpón que tenía grandes pozos, los que dejaban al descubierto los cables. El clima que allí se creaba era tremendo. He visto gente que estaba sentada en sillas y bastaba con que se les acercara alguien, les tocara el hombro y les dijeran: “¿Vas a hablar o no?”, para que se cayera inmediatamente, debido al clima creado. El centro de la tortura era Eduardo Bleier, ya que su voz era absolutamente inconfundible.

Podría seguir describiendo este tipo de aberraciones, hechas en nombre de no se sabe qué cosa, que se produjeron en el país.

A fines de diciembre de 1975 —no recuerdo exactamente la fecha, pero fue después de navidad y antes de fin de año, o sea, alrededor del 28 de diciembre—alguien me aviso que Bleier estaba en la puerta del baño. Nos llevaban al baño con la mano sobre el hombro de alguien porque estábamos vendados. A pesar de que estaba vendada, vi que Bleier estaba tirado al lado de la puerta y que tenía un tanque de oxígeno, por lo que puedo afirmar que estaba vivo. Nunca más lo vi. Este hecho podría tomarse como una contradicción, pero lo que ocurre es que uno aprendió a mover los músculos de la cara para levantar la venda o aflojarla; hemos visto mucho más que eso. Reitero que lo vi tirado con su cabeza al lado de la puerta y pienso que lo pusieron ahí para que lo viésemos, porque los oficiales sabían muy bien que de alguna manera veíamos, salvo cuando empleaban leukoplast, que les dio muy mal resultado, porque con algodón o sin él, los ojos se pudrían. No lo vi más que en esa oportunidad e insisto que seguramente estaba vivo, porque tenía puesta una máscara de oxígeno. Con respecto a los nombres de los oficiales, hay uno a quien lo vi con mis propios ojos porque él mismo me sacó la venda para que lo viese y su nombre es Rama; en aquel entonces era mayor y uno de los jefes del 300 Carlos. A otros oficiales los reconocimos porque sencillamente

en esos casos uno agudiza los sentidos y aprende a reconocer las voces; otros, directamente se identificaron en nuestra estadía en el penal, como por ejemplo el capitán Jorge Silveira, Venturino, Vázquez, Pomoli y Gavazzo, cuyas voces fuertes de mando después reconocimos en los períodos de tortura.

Mi caso es algo particular porque fui una de las personas que permaneció más tiempo allí, lo que implica de alguna manera que he sabido más de lo que sucedió allí. Por lo general, la gente permanecía allí uno o dos meses; yo estuve allí casi cuatro meses. En total permanecí detenida cuatro años y siete meses entre mi estadía en el cuartel, el 5º de Caballería y en el Establecimiento de Reclusión Militar N°2 de Punta Rieles. Me pongo a disposición de quien sea para seguir informando respecto a este problema.